

Ete...Ete...

—Sabes chico que te vás pareciendo á los japoneses.

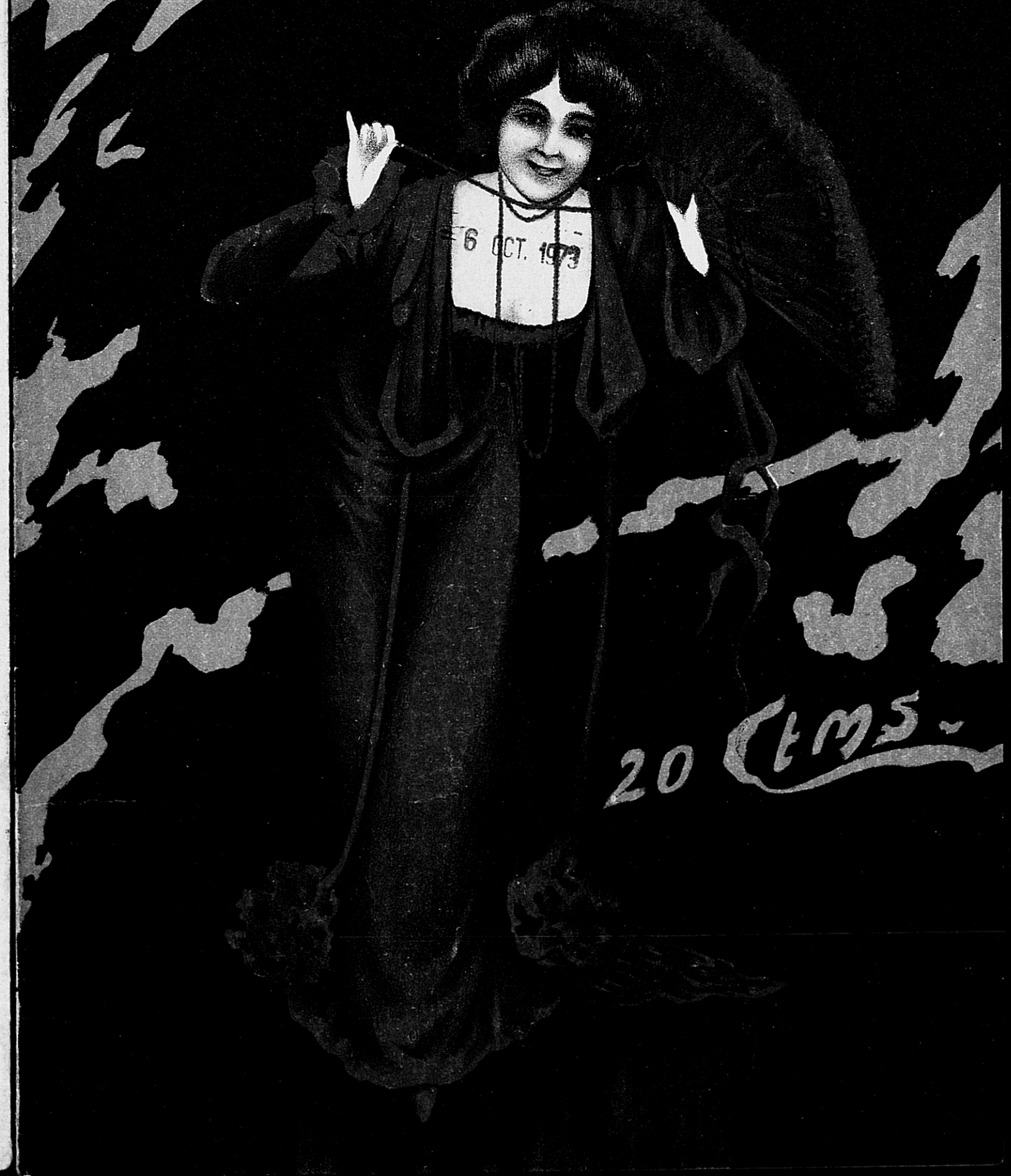
—¿Por qué titina?

—Cada mes intentas atacar esa plaza y siempre sales con averías.

—¡Maldito torpedo!

705

LA SAETA



6 OCT. 1979

20 cts.

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tio Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

En un proceso sobre robo:

Juez.—¿Cómo es que el acusado, después de haber forzado la puerta de la tienda, se llevó sólo algunos objetos de poco valor, dejando intacto el cajón del dinero?

Acusado.—Suplico al señor juez que no me lo eche en cara. Bastante me ha reñido por ello mi mujer.

⁂

La Sociedad Protectora de Animales, de..., acaba de añadir el siguiente artículo á sus estatutos:

«Todo el que trate á su prójimo de animal, queda en la obligación de protegerle.»

⁂

—¡Ay, Eugenia! ¡Si yo supiera la manera de hacer feliz á mi futuro!...

—Voy á decírtela: no te cases con él.

⁂

—Se parece usted de un modo extraordinario á su hermano.

—En efecto. . yo mismo llego á equivocarme. Tenemos una cuenta en el café, y ya no sé si es él ó soy yo el que no la ha pagado.

⁂

—Juan, hoy está el café más cargado y mejor que de costumbre.

—¿De veras, señor! Pues entonces me he confundido... He traído el de la cocina.

⁂

Se cuenta que en el Africa central los indígenas han construído un ferrocarril (¿?), en cuyo servicio suceden lances por este estilo:

El tren llega á una estación, y el jefe advierte que el conductor no viene.

Lleno de cólera, pregunta al maquinista:

—¿Y el conductor, dónde está?

—Tengo el honor de anunciar á usted,—responde el maquinista,—que los viajeros de primera se lo han comido.

⁂

Charada

Mi *primera* consonante:
mi *tres* con *prima,* animal;
es *tercera* con *segunda*
cosa que me hace temblar.
En el juego, *tres* con *cuatro*
me suele la suerte dar;
y mi *todo* es una planta
que nos da su utilidad,
que las mujeres reservan
para ocasiones no más.

BENITO S. DEL POZO

⁂

Farol acróstico

8	Vocal,
5 6 3 4	Opulencia.
1 2 3 4 5 6 7 8	Pueblo de Madrid.
1 2 3 7 8 1 5 7	En las casas.
3 4 5 5 7 8	Idem.
1 2 3 7 8 7	En la música.
5 6 2 7	Prueba de alegría.
5 4 2 7	Flor.
5 1	Nola.
3 1	Letra.
6	Vocal.
3 7	Letra.
2 7 8	Substancia mineral.
3 4 5 5 1	Tiempo de verbo
1 5 7	Idem.
8 6 1	Flor.
4 8 7	En el mar.
3 1 2 7 5	Nombre de varón.
7 8 3 6 5 7	Ciudad de Valencia.
3 6 5 6 8 4	Nombre de varón.

⁂

Jeroglífico comprimido

P.Iar PIar

LUIS AMORES

⁂

Cuadrado

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *

Substituir las estrellas por letras, para que se lea: 1.ª, Pasión; 2.ª, Raza; 3.ª. Verbo; 4.ª, adjetivo.

MIGUEL CHANO

Soluciones á lo insertado en el núm. 704

CHARADA.—Cariño.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Nadar.—II, Entre mujeres, enredos.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Salmerón.

AÑO XV BARCELONA 26 DE MAYO DE 1904 NÚM. 705



Con los días plácidos del verano se animan hasta las familias más retraídas, y se deciden á salir de sus *casitas* con objeto de lanzar una cana al aire.

Esto de salirse de sus casitas, que es como si dijéramos de sus casillas, quiere decir que se van por esos *verdes campos de Dios* á pasar un día de jolgorio pacífico y á comerse un arroz con lo primero que se presente.

El domingo pasado salió don Indalecio y su esposa Arnalda, con cuatro chicas y el novio de la mayor, que es un pimpollo.

Salieron de la población cargados con cacerolas, botellas, sartenes y otros utensilios, y así soltando caños de sudor por todas partes, subieron á un montecillo, lo volvieron á bajar, y allí, á la sombra de unos árboles corpulentos, hizo alto la caravana y echaron pie á tierra los dos pequeños que montaban á don Indalecio.

Anita y Luisín, su novio, no estaban para nada, de tan dedicados como se hallaban á su volcánico amor.

—¡Oh, qué bien se ama en el bosque!—decía él, aprisionando una mano de Anita.

—Sí, Luisín mío. Hoy me parece que te quiero más,—contestaba ella.

—Ya verá usted qué arroz, don Luisito,—interrumpía el padre, quedándose en mangas de camisa.—Mire usted qué hermoso; cada grano pesa medio kilo; es de bomba, del mejor, ¿verdad, Arnalda?

—¡Pero qué prosaico es mi padre!—murmuraba Anita al oído de su amado.

—Y tú ¡qué rica y qué guapísima!

—Anda, adulador.

—¡Vaya unos caracoles, don Luisito!—seguía el padre.—Serranos y gordos como terneras. Estos no han comido más que tomillo y romero, ¡Oh, huelen á gloria, ya verá... se va usted á chupar los dedos de gusto.

—Nada, que no nos van á dejar tranquilos con la dichosa comida,—exclamó Anita, más impaciente que antes.

—Haz lo que yo: no hagas caso,—siguió su novio.—Para mí no hay nada más que tú, con esa cara que tienes tan angelical, y esos ojos que me enloquecen, y esas curvas tentadoras que me tienen frito, y esos pies chiquirritines, y esa juguetona barbilla que me la comería de un bocado...

—¿Y qué me dice usted del conejo?—volvió á interrumpir don Indalecio, presentando el animal aludido.

—Que también me gusta y que ya lo conocía,—contestó Luisín.

—¿De veras?

—Sí, señor. Anoche me lo enseñó doña Arnalda, antes de degollarlo.

—Perfectamente. Pues ahora nos lo vamos á comer, y me parece que no ha de sentarnos mal.

Con diálogos parecidos á éste siguió deslizándose la mañana, hasta que á eso de la una de la tarde gritó doña Arnalda desde su improvisada cocina:



—¡Ya está el arroz!...

—¡Santa palabra!—gritó don Indalecio, que ya estaba algo mareado, á consecuencia del contenido de una botella de aguardiente.

—¡A comer! ¡á comer!—chillaron los pequeños.

Y al poco rato aparecía toda la familia al rededor de la gran perola, procurando aliviarla de su pesada carga.

El arroz salió en su punto, dicho sea en honor á la verdad y á doña Arnalda, que era una excelente cocinera; de modo que los comensales se atracaron de lo lindo y bebieron cada uno por diez, con objeto de ayudar un poco á la digestión.

Y, claro: don Indalecio y doña Arnalda, que fueron los que más comieron y bebieron, se quedaron dormidos como leños, sin esperar los postres y sin cuidarse para nada de los novios, que estaban más despabilados que todos.

Los pequeños le metieron mano á las cerezas, y, triscando como cervatillos, desaparecieron de la plazoleta del bosque.

—Nos han dejado solos, Anita,—dijo Luisín.

—¡Pero qué horrible es todo esto, amado mío!—suspiró la novia.

—Pues mira, yo lo encuentro muy natural.

—De modo que cuando nosotros seamos marido y mujer nos quedaremos dormidos así como mi padre y mi madre. ¡Cielos, cómo roncan!... ¡Qué horror!

—¿Sabes lo que he pensado? Que los dejemos dormir tranquilamente. Vámonos de aquí, y así no te molestará esta prosa vil de la vida.

—Sí, Luisín mío. Vámonos lejos, muy lejos...

—¿Donde nos podamos besar sin testigos?

—Justo. Ya te dije anoche que soy tuya; conque ahora tú te encargarás de lo demás.

—¡Pero Anita!...

—Te lo repito. Yo no puedo seguir así; mi casa me aburre; llévame contigo...

—¿Ahora mismo?

—Cuanto antes.

—Pues mira, el sueño de tus padres nos protege.

—Pues ya me agrada el sueño. ¿Y dónde iremos?

—Primero quiero darte media docena de besos entre aquellos arbustos que sombrean la fuente, y después... ya veremos; no faltarán casas donde refugiarnos hasta que todo se arregle.

—Así me gustan á mí los hombres.

—Y á mí las mujeres.

En este momento se perdía en la espesura la enamorada pareja.

No sabemos dónde fueron después; pero no volvieron con la familia, porque á las nueve de la noche aun andaba don Indalecio con su esposa y los chicos buscando á Anita y á Luisín por aquellas sinuosidades.



—¿Estás viendo, mala sombra?—chillaba doña Arnalda.—Si no te hubieras dormido...

—¿Y tú?—seguía él encendiendo cerillas y llamando a su hija.

—¡Oh, el maldito conejo! Me parece que nos va á sentar mal á todos.

JOAQUÍN ARQUES



Sport de verano



Rosita C., coupletista

El que nace para "aquello" se sale con ello

Sabido es por demás que la variedad de *predestinados* es infinita, como el número de tontos y la divina misericordia.

Difícil es hallar el *tipo* de esa casta de pájaros, que tanto abunda en los pueblos cultos y constituye una plaga de parásitos sociales tan temible, por lo menos, como la del tifus exantemático en la coronada villa del oso y el madroño.

Los hay *boyantes*, que toman el engaño con pasmosa candidez y *se* torean solos, tal vez tropezamos con algunos *de sentido*, por efecto de la mala lidia que les dan ó por falta de vergüenza y disimulo en los *diestros;* también existen predestinados *recelosos*, que se defienden un poco al empezar la faena y acaban *mansos perdidos*... Por excepción, encontraremos alguno que busque el bulto y haga pupa.

Indudablemente, hay seres que nacen para *ello*, y uno de tantos es el protagonista de mi narración.

Trátase de un individuo rayano en los cincuenta otoños, de aspecto huraño y retraído, que todas las noches concurre al café, toma asiento en el rincón más obscuro y escondido de la sala, y allí permanece solo, sin mirar á nadie, taciturno y abstraído, durante dos horas, y á veces más.

Al principio, ni yo ni mis contertulios paramos mientes en aquel sujeto; pero muy pronto hubo de interesarnos, sin saber por qué, su pinta estrafalaria, y á toda costa quisimos satisfacer la pícara curiosidad excitada por su presencia.

Con objeto de averiguar lo que nada nos importaba, interrogamos minuciosamente al camarero que servía nuestro turno, el cual, bien enterado, al parecer, de lo que le preguntábamos, satisfizo por completo el afán de todos, haciendo historia detallada de las aventuras y desdichas del personaje en cuestión.

He aquí lo que nos dijo el dignísimo sucesor del famoso *Pipí:*

—Se llama don Marcos del Colmenar, y es casado reincidente por tercera vez.

—¡Zape!—exclamó uno de los oyentes.

—Ese ha ganado á pulso la gran cruz.

—¡Y tan crucificado como está el pobre! —agregó el camarero, que también se permitía el lujo de hacer chistes baratos con ensañamiento y alevosía.

—Figúrense ustedes que en los tres matrimonios ha sido víctima de la *predestinación*.

—¿Sí, eh?... Cuenta, cuenta...

Y el camarero, bajando la voz, prosiguió su relato en esta forma:

—Casó primero con una rubia muy guapa y de regular posición; él entonces tenía treinta años y estaba empleado en una casa de comercio. A los once meses de matrimonio tuvieron un hijo, y todo marchaba viento en popa para don Marcos, hasta que cierto día, no sé por qué cúmulo de circunstancias, el infeliz marido, que nada había sospechado, sorprendió á su mujer profanando el lecho conyugal con un amante...

—¡Canastos!—exclamé.—¿Hubo tragedia?

—Don Marcos, indignado, quiso arrojarse sobre ellos; pero hubo de retroceder ante las amenazas del galán, que, armado de revólver, se abrió paso, poniendo pies en polvorosa. La infame adúltera, con lágrimas en los ojos, de rodillas y presentando en sus brazos al pequeñuelo, imploró y obtuvo perdón y olvido de lo pasado, prometiendo enmendar su conducta para lo futuro. Conmovido el bonachón de don Marcos, renunció todo propósito de venganza, y, abrazando á su mujer, dijo sentenciosamente:—Alza, te perdono; para que Dios me perdone.

—¿Y el amante?

—Repuesto del susto, continuó burlando al ya confiado esposo; pero adoptando precauciones para evitar nuevos y quizás más desagradables sorpresas.

—¿Y don Marcos?



Carmen Maseras, coupletista

—Tan tranquilo; no supo nada más, hasta que otra vez la casualidad le hizo conocer la magnitud de su desventura. De la noche á la mañana, dama y galán *ahuecaron el ala* y desaparecieron de Madrid; al día siguiente ocurrió una catástrofe ferroviaria y entre los coches destrozados aparecieron dos cadáveres fuertemente unidos por un supremo abrazo: una mujer y un hombre, que resultaron ser la esposa y el rival de don Marcos.

—De como las compañías de la muerte, vulgo ferrocarriles, ejercen, á ratos, de providencias,—dijo uno de los contertulios.

—¿Y qué hizo entonces don Marcos?

—Llorar el desgraciado fin de aquella infiel y consolarse con la idea de que si fué mala para él, era un alma de Dios para los demás.

—¡Vaya una filosofía!

—Costeó magnífico entierro y solemnes funerales, guardó luto riguroso durante un año y luego... cayó en la red de una morena de treinta y cinco, graciosa y vivaracha, que le trastornó del todo la chaveta.

—¿Casó con ella en segundas nupcias?

—¡Ya lo creo!

—¿Y fué tan *afortunado* como con la primera?

—Esta le trató peor. Desde luego se dió maña para ponerse, como dicen por ahí, los pantalones, y ella era la marimandona, haciendo y deshaciendo á su antojo, sin permitir que el desventurado marido le fuese á la mano en nada. Don Marcos, al principio, trató de resistirse, pero muy pronto hubo de resignarse ante los viriles alardes de aquella mujer, que por nada del mundo transigía con él.

—Vivirían en guerra continua.

—*Cuando uno no quiere, dos no riñen,* y como don Marcos á todo dijera *amén,* ella acabó siendo el ama de la casa y su esposo quedó reducido al no muy airoso papel de maniquí doméstico.



Alegoría de verano

—¡Pobre hombre!

—La tal esposa tenía un pariente que se dignaba protegerla y ambos trazaron el modo más sencillo de quitar el estorbo, alcanzando un empleo para don Marcos en Ultramar; entonces los españoles teníamos colonias y más vergüenza que ahora.

El agraciado no pudo rechazar la merced y á instancias de su mujer, bajó la cabeza y se fué á Manila.

Año y medio llevaba en el desempeño de su destino, cuando recibió la noticia sorprendente y desagradable á más no poder de que su esposa había muerto de sobreparto un mes antes.

Al conocer don Marcos su desventura, prorrumpió en sollozos, exclamando:

—¡También ésta me engañaba! ¡Malditas sean todas las mujeres! No quiero más rubias, ni morenas; acabaron para mí. Antes que volver á casarme prefiero que me fusilen.

—Eso decía, ¿eh? Menos mal que escarmentó.

—Casándose la tercera vez con una especie de alimaña, que buscó *ad hoc,* para vivir seguro.

—¡Algún monstruo!

—Poco menos: tuerta, bajita, chata y contrahecha, *con más tachas y alifafes* que caballo de toros.

—Lo entendió don Marcos, porque un coco así, es un remedio contra la lujuria.

—Pues vean ustedes lo que es la predestinación en ciertos hombres, á los dos meses no cumplidos de matrimonio, la tal sabandija huyó del domicilio conyugal acompañada por un amante.... ¡patizambo, jiboso y enanillo!

—¡Ah, ah! Tal para cual... Está visto que el que nace para *aquello,* se sale con ello.

LUIS FALCATO



Ustedes dirán dónde se las factura

Charadístico

Para C. Estela.

Vine en *segunda,* de Mora,
con mi *prima* Encarnación,
que es una *prima,* señores,
que está pidiendo un... *bordón.*
Nos marchamos á la *quinta,*
por mandato del doctor,
y nos fuimos en *primera,*
mas con *segunda* intención,
para hacerles un mal *tercio*
y darnos pisto los *dos*...
en presencia de los *cuatro*
que allá tienen su mansión.
Don Torcuato, don *Segundo*
y su esposa Leonor,
de *todo* se hicieron cargo,
como me temía yo,
y hasta el colono, que es *quinto,*
en las lides del amor,
nos hacía, allá, en la *quinta,*
nuestra desesperación.
Ya mi *prima,* con *Segundo*
en el *cuarto* tocador
le dijo *dos* ó *tres* veces,
pero con *doble* intención,
que quería hallarse sola
para calmar su dolor,
y que sólo yo, su *primo,*
entrara en la habitación,
á fin de curar del *todo,*
según le dijo el doctor.
Pero, no gustó á *Segundo,*
tan sencilla *solución,*
y en la *quinta* nos quedamos
sin poder... hablar los *dos.*
Mi *prima* me quiere mucho.
A mi *prima* quiero yo,
y, ¡claro!, que si un *tercero*
se interpone en nuestro amor,
siendo como es, de *primera,*
yo busco una *solución.*
¡Que todo se arregla pronto
cuando en ello media amor!
Don Torcuato, don *Segundo,*
que vais con *doble* intención.
Yo juro ser el *primero*
que ha de engañar á los dos.
Si mi *prima* hace la *prima*...
¡acertad lo que haré yo?

J. ENRIQUE DOTRES



Por las mañanitas,
se levanta Irene,

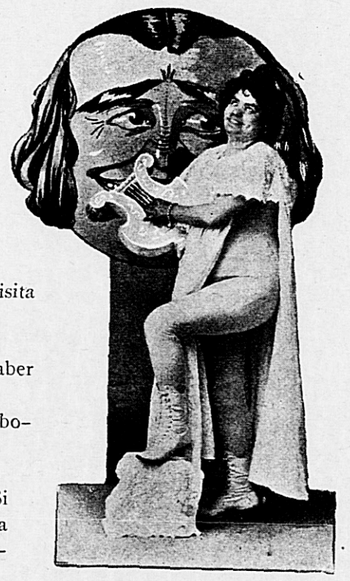
La "Ingenua"

I

Se llamaba Cándida, y las amigas la apodaban la *Ingenua* por su *verdadera candidez*.

Era bellísima; una rubia ideal; yo visitaba frecuentemente su casa y muchas veces la sorprendí en el tocador, seduciéndome las formas que se dibujaban perfectamente, merced á ligero vestido de céfiro; la hermosa cabellera caía sobre su espalda en hilos enmarañados que llegaban hasta el ceñido talle en desorden encantador; su seno, apretado por el corsé, carcelero eterno del pecho femenino, atraía las miradas de los adoradores, que no eran escasos, y sus ojos, de mirar vergonzoso, pero en donde aparecía de vez en cuando el deseo de amar, subyugaban hasta convertir en esclavo al hombre que cruzara sus miradas con las de Cándida.

Pero á ella que no le hablaran de novios ni que las picarescas amigas le insinuaran escenas de amor, habidas entre galanes y doncellas, porque entonces, la niña rubia, toda ruborizada, huía de sus compañeras para no volver más en tanto durara la conversación sensual, que siempre era la comidilla predilecta de Lilí Romero, Josefina Parán y Luisa Ferrere, las tres amigas de la *Ingenua*, señoritas del pequeño pueblecito donde venía Cándida á pasar muchas temporadas, pues en aquella villa tenía una hacienda heredada de sus tíos, parientes también de Lilí. En una de aquellas largas temporadas que Cándida pasaba en el lugarejo se puso en relaciones con un primo de Josefina Parán. La noticia causó hilaridad completa á las tres amigas de la *Ingenua* que se apresuraron á visitar á ésta para darle la enhorabuena.



y canta sus penas
si es que no está alegre;

II

—¡Qué boba!—decía Josefina hablando con Lilí.

Y Luisa, aludiendo á Cándida:

—Calla, mujer, ¡si lo sabrá y querrá ser pura hasta que se muera!—objetaba Lilí.

—¡Já, já, já! ¡No he visto mayor candidez!—decía Luisita Ferrere.

—¡Pues cualquiera le dice nada!

—Lo que es por mí bien segura está de que no ha de saber ni esto,—y señalaba Lilí la punta del meñique.

—Que toque las consecuencias de su tontura la niña ruborosa,—añadía con tono sarcástico Luisa.

—¡Quién sabe si será verdad lo que dicen!

—¡Cómo que no!—contestó Josefina.—¡Ya lo creo! Si cuando yo estuve en relaciones con él le pregunté que si era verdad y á la noche siguiente no volvió y aun sigo esperándole.

—¡Quizás fuera por *ingenuo* también!



despues se arrodilla
con su amor enfrente.

—Sí, sí, ingenuo, que no había nada, nada absolutamente.. Lo mismo que Paco, ¿verdad Lilí?

—No digas nada de eso, Josefina, porque yo también me ruborizo.

Y las tres amigas reian á más reir, como locuelas que se burlan de los demás, en graciosísimas escenas.

III

Llegaba el día de la boda, y Josefina no quería consentir más tiempo que Cándida fuera objeto de la risa del pueblo y las satíricas frases de mozos y mozas. Bien merecido se lo tenía por bobalicona y ruborosa, pero, al fin y al cabo era una buena amiga y no se debía hacer caso de lo otro, porque, ¡cuidado qué sufrimientos le esperaban á Cándida con el... pobre de su primo! ¡Y tan pobre que no tenía... ni cinco céntimos!

Y Josefina se lo díjo á Cándida, encerradas en la salita, muy gravemente para que tomara resolución; la quería mucho y no podía consentir el sacrificio...

Cándida la interrumpió con una risotada grandísima que sorprendió á Josefina.

—¿Por qué te ríes así?—preguntó ésta.

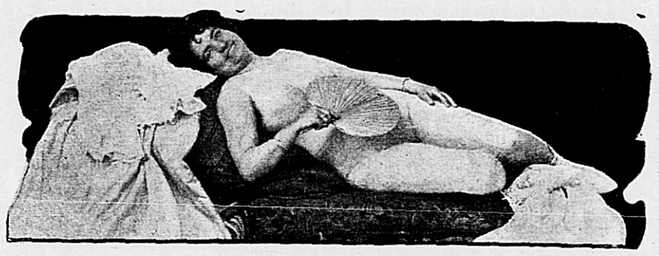
—¡Anda! ¡Pues sabes tú bastante, hija mía,—contestó la *Ingenua*.—¿Conque no tiene nada, eh? Si lo hubieras tú... contado tanta veces como yo... ¡y las que en adelante lo voy á contar!

LEOCADIO MARTIN-RUIZ

De allá

Lo tengo desidío, y antes lo he pensao mu bien. De manera que ya lo sabe: dende ahora como si no me hubieras conosío, porque yo me voy á hasé contigo esa cuenta.

—Pero si eso no pue sé, Antonia. Si te tengo aquí, mu drento, mu jondo, y se me va di la vía en cuanto que tú te asepares de mi lao; si tú ere pa mí lo que el agua pa la flore; si no pasa un minuto que no te tenga en er magín y al ir á acostarme no encuentro nunca el sueño, porque me lo has quitao tú *par sæculorum*.



y al cabo de un rato,
de nuevo se tiende.

—Bueno; eso e los



Lauretta, bailarina del rango francés
con la mar de... rango

embuste de siempre. Tú sabe desí too eso mu bien, pero no sabe acudí á la reja cuando Dió manda, y me tienes aquí plantá toas las noches, que me van á echá raíses los sapato... Mejó miraras los sacrifisios que hago por ti, en ve de dirte de paseo con la Odulia, la tonta ésa, que se llena la boca de desí que me va á quitar el novio.

—Tú está loca, chiquiya. ¿Yo con la Odulia?

—Sí, tú con la Odulia.

—*A ti t' han engañao, Antonia.*

—No; no m' han engañao.

—¿Tú m' has visto?

—Sí.

—¿Tú m' has visto? ¿Dise que m' has visto? Será otro que hay mu paresío á mí, porque yo no hablao esta semana ma que con la vieja de los camarone; y eso porque me dijo que la perra era farsa... ¡Qué ha de se farsa, señora! Tome usté otra... Ahí tiés tú lo que *yo hablao en toa* la semana.

—*Tú sí que ere farso y mentiroso.*

—Cómo la lú lo que te digo. ¿Pero me cré *tú á mí tan tonto* que voy á gastá con otra la conversasión que está reservá para ti sola? ¿Tiene nadie esa palabriya tan durse que tú tiene y que e la única que me suena bien al oío, pa que yo vaya á buscá palabra que no sean tuya?... Vamo, cara e gloria, di que lo has soñao, y desarruga esa frente tan bonita, y mírame como se miran los güenos hermano, que e como tú y yo nos hemos mirao siempre. No me crea á mí capás de echá un embuste, y deja esa sosobra de los selo que te muerden en el corasón, porque lo encuentran durse y güeno, tan durse y tan güeno como too lo tuyo, manojo e rosa.

—Eso e buscá la pas con palabras hueca, *y yo quiero la pas con hechos bueno*; de forma, que hemos concluío... Creerás que me voy á morí sin ti, y estás mu equivocao, porque ya sabe tú de *memoria que muchos* der barrio están de miel conmigo, y no me hase farta ma que una palabra pa verlos de rodiyas.

—¿Quién dise tú, Agustín? ¿Ese mala sangre que echa más embuste que palabras? De esos fiáis vosotras, y aluego, cuando dais con un hombre honrao que no sabe mentí, no apresiáis lo que vale.

—No te crea que es Agustín, que no es Agustín.

—¿Pue quién e? ¿Es *Maera*?... Mia tú er *Maera*, que hay que pegale pa que ande; e ma pesao que un griyo, y con esa vos, que paese que habla y no habla na.

—Bien sabes poné fartas á los demá; pero no ve las tuya.

—*Pero, nena, si yo no tengo ma farta que querete mu bien.*

—Y no vení á la hora.

—¿E esa la farta?... Pue descuida, que dende mañana voy á se ma puntual que el tío der pescao.

—Ya lo veremo.

—Tú lo verá. Y ahora mírame como á mí me gusta, pue hasta que amanesca no me muevo de aquí, aunque llueva er dilivio.

—Empiesa hablá, que si no llueve hasta que me canse de oirte, sequía va habé pa rato.

—Pue ascucha, esta noche traigo guardás aquí drento del pecho muchas cosa que desirte, muchas cosa mu larga...

ABELARDO DELGADO

APUNTES COMICOS, *por Olivieri*



Un baile con algo de *cake*

—Oye, Lucas, desde mañana me tienes que traer otro tabaco, que tenga menos polvo.
—¡Pues, pronto te has cansado... de ese!



Paco el molinero

Una casa de tres metros de altura distribuída en dos habitaciones ni grandes ni pequeñas, cocina y dormitorio, servía de albergue á madre é hijo.

A muy poca distancia se oía el monótono golpear de las ruedas del molino; dos piedras que, movidas por la escasa corriente del Segura, daban para comer á aquellos dos seres felices y hasta para vivir con desahogo.

En medio de la huerta vivían; el pueblo más cercano, río arriba, distaba del molino su media hora larga; los vecinos eran pocos, y tan diseminados que de casa á casa mediaba un buen trayecto.

Como Paco era un mozo alegre y simpático, trabajador y honrado y su físico admirado con codicia por las mozas del contorno y con envidia por todos los del *partío*, la parroquia era grande y las piedras no cesaban noche y día el dale que le das al moler del trigo y el maíz que se consumía en una legua á la redonda.

Siempre había en el molino dos ó tres zagalas guapas y garridas, que á la vez que esperaban turno á su molienda, escuchaban los piropos llenos de gracia y las frases agradables y siempre corteses del molinero, quien con la buena fama y las palabras dulces, apretaba la mano en la maquila quedando todo el mundo satisfecho.

Cualquier moza hubiera dado un ojo de su cara ó un dedo de su mano, por recibir de Paco el señalado honor de *compromiso:* pero Paco, aunque estaba en la plenitud de su vida, para todas tenía las mismas galanterías; á todas trataba con igual agrado y ninguna pudo decir que fué objeto de preferencias que pudieran significar otra cosa que sincera amistad y pura cortesía.

Esto tal vez lo hacía más interesante á los ojos de todas y la que menos había soñado ya con ser dueña de aquellas dos piedras, de aquella casita blanca, de aquel corazón noble y honrado, alegre y cariñoso en cuerpo tan apuesto y tan gallardo.

Pero Paco vivía con su madre; vivían los dos solos: ella muy viejecita, muy buena, como él, alegre y de alma grande, aunque el cuerpo encorvado por el peso de siete décadas, que al fin y á la postre ya es un peso del que sólo nos puede aliviar la muerte.

Ya sabían por todo el contorno que Paco no se casaría mientras no muriera su madre: así lo había prometido y era hombre que tenía su amor propio en cumplir lo que ofrecía.

Su madre era su novia, su dios, su vida, todo era para él su madre.

Por su madre sonaban noche y día los golpes de las piedras del molino; por ella exageraba las maquilas, por ella cantaba sin cansarse del trabajo y no cesaba de alimentar á la torba que á cada instante abre sus fauces para pedir más grano al molinero.

Como no era costumbre ver parado el molino, la señal de que algo grave ocurría en aquella casa, era el silencio de las piedras, y ya hacía una semana que no andaban.

La madre de Paco estaba mala, muy mala; él suspendió el trabajo, porque el ruido molestaba á la enferma y además él quería estar á su lado porque su madre era su vida.

¡Estaba el mozo más triste! Pero solo nunca, eso no.

Todas aquellas vecinas, jóvenes y viejas, que en los ratos de alegría y de baile estuvieron al lado de aquellos seres, también acudían en la desgracia.

Parecía que las mozas hacían oposiciones á nueras por la solicitud y delicadeza con que cuidaban á la enferma; y aunque no diga yo que aquellos corazones no sintieron un tanto el infortunio de Paco, sí es cierto que había algo de adoración al santo por la peana.

Una noche, aquella en que la enfermedad hizo su cumbre, se puso muy mala la pobre; para todos que no llegaba al alba.

El silencio en la vivienda era casi absoluto; sólo aquel ruido de la cuchara al desprender el caldo sobre la taza para enfriarlo, la respiración dificultosa de la enferma y algunos intermitentes suspiros de amargura de Paco, formaban ese ambiente característico que se observa en las habitaciones de las personas más próximas á la muerte que á la vida.

Hubo que avisar al médico; pero vivía muy lejos, en el pueblo, media hora larga que acaso no aguantara la gravedad imprevista. Un amigo de Paco quiso ir á escape á traerse al doctor, pero Paco lo detuvo con razones muy cuerdas y dijo que él iría más pronto.

Todos se asombraron ante aquella afirmación, por que el mozo que se había ofrecido á ir tenía fama de ser el andarín más aventajado de toda la huerta, teniendo en su abono varios casos de otras tantas apuestas ganadas en distintas ocasiones por su ligereza.

Sin embargo, Paco salió de allí y todos supusieron que, á todo correr, había de tardar una hora en el regreso; pero con gran asombro vieron llegar al médico y al mozo cuando no había pasado un cuarto de hora.

Paco había cruzado el río á nado, como lo demostraba el estado de sus vestidos.

Ese fué su cálculo.

El pueblo estaba al otro lado del río, y el puente tan distante, que el pasar sobre él suponía un gran rodeo por sendas y vericuetos, que absorbían todo el tiempo que se tardaba. Cruzando el río por más arriba del molino, era un atajo que ahorraba casi todo el trayecto.

Y Paco se lanzó al río sin temor á una buena crecida que venía, como tampoco al frío de una noche de Diciembre.

¡Era por su madre! Bajó el médico de su veloz caballo y entró en el cuarto silencioso de la enferma, cogióla una mano, se fijó en sus ojos é hizo un gesto que heló la sangre á aquel hijo que estaba leyendo en la cara del facultativo la gravedad de su madre.

—No hay tiempo que perder,—dijo el médico,—el mal está llegando á su período álgido, si



Estas son las *coupletistas* que muy pronto hemos de ver, bailando, pidiendo cenas y cantando, en el Edén.

LA SAETA

esta receta que voy á escribir llegara aquí antes de diez minutos tal vez pudiéramos combatir la fuerza del mal: si no todo es inútil.

Y escribió apresuradamente sobre su cartera unas cuantas líneas, que arrebató Paco con mano nerviosa y partió con el papel igual que una bala disparada. Un mozo lo siguió sin poder oir más que la voz del hijo que se alejaba diciendo:

—¡Esperadme en la reja del molino!

Llegó junto al río y se lanzó al agua; la *riá* crecía poco á poco y la corriente se iba poniendo impetuosa. Con los esfuerzos sobrehumanos que puede prestar una madre que agoniza, ganó la orilla opuesta y corrió como un rayo cruzando huertos, destrozando plantas y sumergiéndose á menudo en regados y brazales, hasta llegar al pueblo, entrando en la botica sin poder articular palabra.

Presentó la receta y sus ademanes fueron harto elocuentes para que el boticario se hiciera cargo de lo que se trataba.

Pronto tuvo en su mano un frasco de cristal que cogió con ansia loca para volver de nuevo á la ribera.

No tuvo lugar de pensar en el tiempo transcurrido ni en el ímpetu del agua que se desbordaba por bancales y bardizas. Se lanzó de nuevo á la corriente y se dejó arrastrar por ella para llegar antes... y era un juguete más entre los muchos que bajaban de las viviendas de arriba...

El mozo que lo siguió al salir de su casa, obedeció su mandato, se puso á esperar sobre la reja del molino; pero como el agua fuera subiendo poco á poco, ganó el tejado y allí estuvo mirando á favor de la luna todos los objetos que llevaba la corriente.

Uno de ellos tenía trazas de persona humana y el mozo, aterrorizado, lo esperó hasta tenerlo al alcance de sus manos, lo asió con ellas y vió con gran espanto el cadáver de ¡Paco¯ que estrechaba entre sus manos un objeto á la vez que lo oprimía contra su corazón.

La corriente había jugado con aquel cuerpo hasta ahogarlo, arrojándolo después como leve broza al remanso del molino.

Mucho trabajo costó al mozo arrancar de aquellos rígidos dedos el frasco que oprimía; una vez conseguido y procurando en vano ocultar su funesta impresión, llegó hasta el lecho de la madre y entregando al médico la medicina, dijo con voz imperceptible para los demás:

—Señor médico, si con la vida de un hijo no se cura una madre, que Dios baje á curarla. Esa medicina es la vida de un hijo por su madre.

. . . . . .

. . . . . .

Al alumbar el alba, la madre abrió los ojos y preguntó por su hijo: mientras él, tendido en el tejado del molino, con los ojos abiertos y los labios también, parecía decir aquello de «por ella eran los golpes de las piedras, por ella las maquilas, por ella hasta el vivir; hoy que lo necesita se lo he dado: ¡vida por vida!»

P. Jara Carrillo

(De su libro *Gérmenes*)



—Pero, Consuelito. ¿No nos acostamos esta noche?
—Déjame ahora, que estoy con el marqués, en la escena más interesante.



Galería de bellezas: (15 de la serie)

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

ÑÑÑÑ SEMANARIO ILUSTRADO ÑÑÑÑ

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

ÑÑÑÑ DE ÑÑÑÑ

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.